

Notas de Elena G. de White

Lección 13
20 al 27 de Septiembre de 2008

“Heme aquí, envíame a mí”: El profeta Isaías

Sábado 20 de septiembre

Isaías, hombre muy joven del linaje real, fue llamado a la misión profética. Los tiempos en los cuales iba a tocarle trabajar estarían cargados de peligros especiales para el pueblo de Dios. El profeta iba a presenciar la invasión de Judá por los ejércitos combinados de Israel septentrional y de Siria; iba a ver las huestes asirias acampadas frente a las principales ciudades del reino. Durante su vida, iba a caer Samaria y las diez tribus de Israel iban a ser dispersadas entre las naciones. Judá iba a ser invadido una y otra vez por los ejércitos asirios, y Jerusalén iba a sufrir un sitio que sin la intervención milagrosa de Dios habría resultado en su caída. Ya estaba amenazada por graves peligros la paz del reino meridional. La protección divina se estaba retirando y las fuerzas asirias estaban por desplegarse en la tierra de Judá.

Pero los peligros de afuera, por abrumadores que parecieran, no eran tan graves como los de adentro. Era la perversidad de su pueblo lo que imponía al siervo de Dios la mayor perplejidad y la más profunda depresión. Por su apostasía y rebelión, los que debieran haberse destacado como portaluces entre las naciones estaban atrayendo sobre sí los juicios de Dios. Muchos de los males que estaban acelerando la presta destrucción del reino septentrional, y que habían sido denunciados poco antes en términos inequívocos por Oseas y Amós, estaban corrompiendo rápidamente el reino de Judá.

La perspectiva era particularmente desalentadora en lo que se refería a las condiciones sociales del pueblo. Había hombres que, en su deseo de ganancias, iban añadiendo una casa a otra, y un campo a otro (Isaías 5:8). La justicia se pervertía; y no se manifestaba compasión alguna hacia los pobres... La opresión y la obtención de riquezas iban acompañadas de orgullo y apego a la ostentación (***Los hechos de los apóstoles***, pp. 226, 227).

Domingo 21 de septiembre **¡Ay de mí!**

[Se cita Isaías 6:14] Mientras el profeta Isaías contemplaba la gloria del Señor, quedó asombrado y abrumado por el sentimiento de su propia debilidad e indignidad, y exclamó: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habi-

tando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos".

Isaías había condenado los pecados de otros; pero ahora se vio a sí mismo expuesto a la misma condenación que había pronunciado hacia ellos. En su culto a Dios se había contentado con una ceremonia fría y sin vida. No se había dado cuenta de esto hasta que recibió la visión del Señor. Cuán pequeños le parecieron entonces sus talentos y su sabiduría al contemplar la santidad y majestad del santuario [celestial]. ¡Cuán indigno era! ¡Cuán incapaz para el servicio sagrado! La forma en que se vio a sí mismo podría expresarse en el lenguaje del apóstol Pablo: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Romanos 7:24) (**Comentario bíblico adventista, tomo 4, pp. 1160, 1161**).

Mientras escuchaba el canto de los ángeles que clamaban "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria", la gloria, el poder infinito y la insuperable majestad del Señor pasaron ante su visión, y su alma fue impresionada. A la luz de ese resplandor sin par que puso de manifiesto todo lo que podía soportar de la revelación del carácter divino, se destacó ante él con asombrosa claridad su propia contaminación interior. Sus propias palabras le parecieron viles.

Cuando al siervo de Dios se le permite que contemple la gloria del Dios del cielo, cuando el Eterno se quita su velo ante la humanidad, y el hombre comprende aunque sólo sea en pequeñísima medida la pureza del Santo de Israel, hará también sorprendentes confesiones de la contaminación de su alma antes que jactarse con altivez de su propia santidad. Isaías exclamó con profunda humillación: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios... han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos". Ésta no es esa humildad voluntaria y ese servil remordimiento de conciencia que tantos parecen manifestar como si fuera una virtud. Ese vago remedo de humildad brota de corazones llenos de orgullo y autoestima. Hay muchos que se rebajan a sí mismos con palabras, pero al mismo tiempo se sentirían chasqueados si este proceder suyo no produjera expresiones de alabanza y aprecio de otros. Pero la contrición del profeta era genuina. Se sintió completamente insuficiente e indigno cuando la humanidad, con sus debilidades y deformidades, fue puesta en contraste con la perfección de santidad, de la luz y la gloria divinas. ¿Cómo podía ir y presentar al pueblo los santos requerimientos de Jehová, que era alto y sublime y cuyas faldas llenaban el templo? Mientras Isaías estaba temblando y su conciencia lo acusaba debido a su impureza en la presencia de esa gloria insuperable, dijo: "Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado. Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí" (**Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1162**).

Lunes 22 de septiembre **"Es quitada tu culpa"**

Isaías había denunciado el pecado de otros, pero ahora se ve él mismo expuesto a la misma condenación que había pronunciado sobre otros. Se había sentido satisfecho

con las ceremonias frías y sin vida, en su adoración de Dios. No se había dado cuenta de ello hasta que tuvo esa visión del Señor. Cuán pequeños parecían ahora su sabiduría y talentos a medida que miraba la santidad y majestad del santuario. ¡Cuán indigno era! ¡Cuán incompetente para el servicio sagrado!...

La visión dada a Isaías representa la condición de los hijos de Dios en los últimos días. Tienen el privilegio de ver por fe la obra que se está desarrollando en el santuario celestial. "Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo". Mientras miran por fe en el lugar santísimo, y ven la obra de Cristo en el santuario celestial, perciben que son un pueblo de labios impuros, un pueblo cuyos labios a menudo han hablado vanidad y cuyos talentos no han sido santificados y empleados para la gloria de Dios. Con razón podrían entregarse al desaliento al comparar su propia debilidad e indignidad con la pureza y hermosura del carácter de Cristo. Pero hay esperanza para ellos si, como Isaías, reciben el sello que el Señor quiere que se imprima sobre el corazón y si humillan su alma delante de Dios. El arco de la promesa está sobre el trono y la obra realizada a favor de Isaías se realizará en ellos. Dios responderá las peticiones provenientes del corazón contrito.

Queremos que el carbón encendido sacado del altar se coloque sobre nuestros labios. Queremos oír las palabras: "Es quitada tu culpa, y limpio tu pecado".

El carbón encendido es símbolo de purificación. Si toca los labios, ninguna palabra impura saldrá de ellos (**Conflicto y valor, p. 234**).

Los serafines moran en la presencia de Jesús, y sin embargo cubren sus rostros y sus pies con sus alas; en presencia del Rey en su hermosura, se cubren a sí mismos. Cuando Isaías contempló la gloria de Dios se postró en el polvo, porque esa visión que se le permitió contemplar, le mostró su propia indignidad. Y ése será siempre el resultado cuando los rayos del Sol de justicia brillen gloriosamente sobre el alma. La luz de la gloria de Dios revela los males escondidos y lleva a la confesión humilde. Y cuanto más se revela la gloria de Cristo tanto menos gloria ve la persona en sí misma; lo que ve es la deformidad de su alma; toda glorificación y estima propias se extinguen; muere el yo y vive Cristo (**The Bible Echo, 3 de diciembre, 1894**).

Isaías recibió una maravillosa visión de la gloria de Dios. Vio la manifestación del poder de Dios, y después de haber contemplado su majestad recibió el mensaje de ir y realizar cierta obra; pero se sintió completamente indigno para ella. ¿Qué hizo que se considerara indigno? ¿Pensó que era indigno antes de tener la visión de la gloria de Dios? No. Se imaginaba que era recto delante de Dios; pero cuando se le reveló la gloria del Señor de los ejércitos, cuando contempló la inexpresable majestad de Dios, dejó: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos. Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado". Como seres humanos, ésta es la obra que necesitamos que se haga por nosotros. Necesitamos que el carbón encendido tomado del altar sea colocado sobre nuestros labios. Necesitamos escuchar las palabras: "Es quitada tu culpa, y limpio tu pecado" (**Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1161**).

Martes 23 de septiembre

“Heme aquí, envíame a mí”

De todos los dones que Dios ha concedido al hombre, si está santificado por el Espíritu Santo, ninguno es más precioso que la facultad de hablar. Con la palabra convencemos y persuadimos. Con ella oramos y alabamos a Dios, y con ella trasmitimos conceptos del amor del Redentor. Los que son aptos para iluminar la mente de otros, tendrán muchas oportunidades de leer de la Biblia u otros libros que enseñan la verdad, y de este modo presentarán evidencias que iluminarán al creyente.

Cuando la voz de Dios llama: "¿A quién enviaré, y quién ira por nosotros?", el divino Espíritu pone en el corazón la respuesta: "Heme aquí, envíame a mí" (Isaías 6:8). Pero tenga muy presente que el carbón encendido del altar primero tiene que tocar sus labios. Entonces, las palabras que vierta serán sabias y santas. Tendrá la sabiduría para saber qué decir y qué callar. No intentará dar a conocer sus habilidades como teólogo. Será cuidadoso para no despertar el espíritu combativo o excitar el prejuicio por introducir indiscriminadamente todos los temas de la verdad. Encontrará lo suficiente para hablar sin despertar la oposición. Por el contrario, hará nacer en el corazón el anhelo de tener un mayor conocimiento de la Palabra de Dios (***Recibiréis poder, p. 181***).

Cada alma que lleva el nombre de Cristo debiera estar en su servicio. Todos debieran decir: "Heme aquí, envíame a mí". Los labios que están dispuestos a hablar, aunque hayan sido labios inmundos, serán tocados por el carbón viviente y serán purificados; estarán capacitados para hablar palabras que penetrarán hasta el alma. Llegará un tiempo cuando se pedirá cuenta por las almas que debieran haber recibido la luz pero no les fue comunicada. Los que fracasaron en cumplir con su deber; los que recibieron la luz pero no la apreciaron ni la compartieron, serán registrados en los libros del cielo de manera semejante a los enemigos de Dios, que no se sujetaron a su voluntad ni permitieron ser guiados por él (***Review and Herald, 17 de agosto, 1897***).

En cada época Dios ha tenido sus obreros. El llamado de la hora siempre ha sido respondido por los instrumentos humanos. Y en este tiempo, cuando la divina voz pregunta: "¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?", la respuesta vendrá: "Heme aquí, envíame a mí". El Señor imparte idoneidad para la obra a todo hombre y mujer que quiera cooperar con el poder divino. Y al ponerse la armadura, cada uno obtendrá todo el talento, el valor, la perseverancia, la fe y el tacto que se requieren. Debe hacer una gran obra en nuestro mundo, y los agentes humanos responderán ciertamente a la demanda. El mundo debe oír la amonestación. Cuando llegue la invitación: "¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?", contestad en forma clara y distinta: "Heme aquí, envíame a mí" (***Review and Herald, 7 de noviembre, 1899***).

Miércoles 24 de septiembre

El llamado de Isaías

El deber del profeta era claro; debía levantar su voz en protesta contra los males prevalentes. Pero temía emprender la tarea sin alguna seguridad de esperanza. Preguntó: "¿Hasta cuándo, Señor?" ¿Es que ninguno de tus hijos escogidos va a entender, arrepentirse y ser sanado?

El peso que sentía por el errante Judá no debía ser soportado en vano. Su misión no iba a quedar completamente desprovista de frutos. Sin embargo, los males que habían ido multiplicándose durante muchas generaciones no podían eliminarse en su tiempo. A lo largo de toda su vida debió ser un maestro paciente, valiente; tanto un profeta de esperanza como también de condenación. Finalmente se lograría el propósito divino, se vería todo el fruto de sus esfuerzos y de las labores de todos los mensajeros fieles a Dios. Un remanente sería salvo. Para que esto sucediera, debía entregarse a los rebeldes mensajes de advertencia y súplica. El Señor declaró: "Hasta que las ciudades estén asoladas y sin morador, y no haya hombre en las casas, y la tierra esté hecha un desierto; hasta que Jehová haya echado lejos a los hombres, y multiplicado los lugares abandonados en medio de la tierra" (Isaías 6:11, 12).

Los terribles juicios que caerían sobre los impenitentes -la guerra, el exilio, la opresión, la pérdida de poder y de prestigio entre las naciones-, todo esto sobrevendría para que los que reconocieran la mano de un Dios ofendido pudieran ser guiados al arrepentimiento. Las diez tribus del reino del norte pronto serían esparcidas entre las naciones, y sus ciudades quedarían desoladas; los ejércitos destructores de las naciones hostiles arrasaban su tierra vez tras vez; aun Jerusalén finalmente caería, y Judá sería llevada cautiva. Sin embargo, la tierra prometida no quedaría completamente desamparada para siempre. El visitante celestial le aseguró a Isaías: "Pero como el roble y la encina, que al ser cortados aún queda el tronco, así será el tronco, la simiente santa" (Isaías 6:13).

La promesa del cumplimiento del propósito final de Dios trajo ánimo al corazón de Isaías. ¿Qué importaba que los poderes terrenales hicieran guerra contra Judá? ¿Qué importaba que los mensajeros del Señor encontraran oposición y resistencia? Isaías había visto al Rey, Jehová de los ejércitos, y había escuchado el canto de los serafines: "Toda la tierra está llena de su gloria". Del Señor tenía la promesa de que sus mensajes dirigidos al errante Judá serían acompañados por el poder convincente del Espíritu Santo y se sintió con energía para hacer la tarea que estaba delante de él. Durante toda su larga y cansadora misión recordó la visión que había tenido. Por sesenta años o más se presentó ante los hijos de Israel como un profeta de esperanza, mostrando con mayor energía e intrepidez sus predicciones acerca del futuro triunfo de la iglesia (**Review and Herald, 11 de marzo, 1915; parcialmente en, Recibiréis poder, p. 268**).

A pesar de que los hijos de Israel "hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas" (2 Crónicas 36:16), el Señor había seguido manifestándoseles como "Jehová, fuerte, misericordioso, y piadoso; tar-do para la ira, y grande en benignidad y verdad." (Éxodo 34:6). Y por más que le rechazaran una y otra vez, de continuo había seguido instándoles con bondad inalterable. Más grande que la amorosa compasión del padre por su hijo era el solícito cuidado con que Dios velaba por su pueblo enviándole "amonestaciones por mano de sus mensajeros, madrugando para enviárselas; porque tuvo compasión de su pueblo y de su morada" (2 Crónicas 36:15, V.M.). Y al fin, habiendo fracasado las amonestaciones, las reprensiones y las súplicas, les envió el mejor don del cielo; más aún, derramó todo el cielo en ese solo Don (**El conflicto de los siglos, pp. 21, 22**).

Jueves 25 de septiembre

Una luz para los gentiles

Dios, en su infinita sabiduría, eligió a Israel como depositario de inapreciables tesoros de verdad para todas las naciones. Dios su ley a los israelitas como la norma del carácter que debían desarrollar ante el mundo, ante los ángeles y ante el mundo que no cayeron. Debían revelar al mundo las leyes del gobierno del cielo. Por precepto y ejemplo debían dar un testimonio decidido de la verdad. La gloria de Dios, su majestad y poder, debían ser revelados en toda su grandeza. Debían ser un reino de sacerdotes y príncipes. Dios les dio todo lo necesario para ser la mayor nación de la tierra (**Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1202**).

Si Israel hubiese sido fiel a su cometido, todas las naciones de la tierra habrían compartido sus bendiciones. Pero el corazón de aquellos a quienes había sido confiado el conocimiento de la verdad salvadora no se conmovió por las necesidades de quienes les rodeaban. Cuando quedó olvidado el propósito de Dios, los paganos llegaron a ser considerados como estando fuera del alcance de su misericordia. Se los privó de la luz de la verdad, y prevalecieron las tinieblas. Un velo de ignorancia cubrió a las naciones; poco se sabía del amor de Dios y florecían el error y la superstición (**Profetas y reyes, p. 275**).

Dios espera que todos los que dicen ser sus hijos traigan a otros a la verdad. Se están abriendo muchas puertas para la presentación del mensaje salvador. La simiente de la verdad debe sembrarse sobre muchas aguas; el mensaje debe ser proclamado a toda nación, tribu, lengua y pueblo; a todo el mundo. Y cuando los que han recibido la luz de la verdad presente muestren una fe viviente en Cristo y trabajen con él en la obra de salvar almas, ¡Qué tarea será cumplida! Los ángeles de Dios abrirán caminos, presentarán oportunidades y cooperarán con los instrumentos humanos para que no trabajen ni corran en vano. El ángel del pacto les dará el poder para ser testigos de la verdad en todas partes del mundo...

Debemos hacer resonar la alarma por toda la tierra; debemos decir a la gente que el día del Señor está cerca y se apresura rápidamente. Que nadie quede sin ser amonestado. Nosotros podríamos estar en lugar de esas pobres almas que están en el error; y por haber recibido la verdad somos deudores a los que no la tienen y debemos compartirla.

No tenemos tiempo que perder. Los poderes de las tinieblas están trabajando con intensa energía, y Satanás avanza con astucia para sorprender a los que ahora duermen, tal como hace un lobo para apoderarse de su presa. Tenemos amonestaciones que debemos dar ahora; ahora tenemos una obra que debemos realizar, porque pronto será más difícil hacerlo de lo que nos imaginamos. Que Dios nos ayude a mantenernos en el canal de luz, puestos los ojos en nuestro dirigente, y trabajando con paciencia y perseverancia hasta que se gane la victoria.

La venida del Señor está más cercana que cuando creímos por primera vez. El gran conflicto se está aproximando a su final. Las noticias de cada calamidad que ocurre en el mar o en la tierra son testimonios del hecho de que el fin de todas las cosas está cercano. Las guerras y los rumores de guerra así lo indican.

¿Hay algún cristiano cuyo pulso no se apresure al anticipar los grandes acontecimientos que se están desarrollando ante nuestros ojos?

El Señor está por venir. Oímos los pasos de un Dios que se aproxima para castigar al mundo por su iniquidad. Debemos prepararle el camino desempeñando nuestra parte en la preparación de un pueblo para ese gran día. Cada súplica es demasiado tierna; cada lección es demasiado clara; cada orden es demasiado insistente y cada promesa es demasiado segura como para no compartirla con el pecador y llevarlo a la Fuente que ha sido abierta para lavar las culpas del alma. Que todas las manos y corazones se dediquen a la obra que debe ser hecha. Desde el trono de Dios se escucha la orden: "A cada uno su obra", para que cada uno pueda dar lo mejor de sí (***Review and Herald*, 12 de noviembre, 1914; parcialmente en, *El evangelismo*, p. 163**).

Viernes 26 de septiembre
Para estudiar y meditar

***Profetas y reyes*, pp. 225-230.**